

# VENEZUELA EN LA ENCRUCIJADA DE LA GLOBALIZACIÓN

Raúl González Fabre

*Del 2 al 4 febrero pasado, el Centro Gumilla, La Universidad Católica Andrés Bello y Fe y Alegría, celebramos una jornada de reflexión, titulada SEMANA SOCIAL. Con esta jornada cerramos el ciclo de actividades conmemorativas del 60 aniversario de la revista SIC. Estas jornadas se propusieron como objetivo reflexionar y analizar tres problemas básicos de la sociedad venezolana en el marco de la globalización y el cambio de época que atraviesa el escenario mundial. De esta manera abordamos el problema de la pobreza, la educación y el debilitamiento de lo público. La perspectiva de los cambios que ocurren en el contexto mundial no solamente nos aportó un marco de evaluación más amplio sino que nos permitió evaluar y comprender nuestros problemas desde una visión más integral. Esta perspectiva nos la presentaron interlocutores extranjeros y nacionales: El Superior General de los Jesuitas, P. Peter Hans Kolvenbach; los profesores Guy Sorman, Adela Cortina, Carlota Pérez; y los PP. Luis Ugalde y Mikel de Viana. Tanto el Centro Gumilla, como el Instituto de Estudios Económicos y Sociales de la Universidad Católica Andrés Bello y Fe y Alegría, presentaron respectivamente el problema de "lo público" en Venezuela y una agenda para su fortalecimiento, la caracterización de la pobreza en Venezuela y sus posibles salidas, el análisis del problema educativo y las prioridades que en este campo se deberían acometer de inmediato en el marco de la recién celebrada Asamblea Nacional de Educación. (N. de la R.)*

Raúl González Fabre es jesuita, ingeniero, doctor en Filosofía, miembro del Consejo de Redacción de SIC.

Un mundo pleno de novedades está naciendo ante nuestros ojos, precisamente en el momento en que más miramos hacia nosotros mismos. La conciencia de crisis nacional ha conducido a una suerte de reconcentración de nuestras inquietudes en lo que pasa en Venezuela, en las raíces internas de un proceso de deterioro agobiante. Inteligente actitud, en cuanto sustituye a la tendencia a repartir culpas hacia afuera. Posiblemente esa actitud acabará dando sus frutos plenos el día en que llegue al reconocimiento por parte de cada grupo social de la propia responsabilidad diferenciada en la crisis y en su resolución. Por ahora, más bien parece que venimos reproduciendo el esquema de culpar a otros de nuestros males y esperar soluciones asimismo de otros, pero adentro del país. No es avance pequeño, puesto que el acercamiento de la responsabilización va en la dirección correcta. Cuando ese acercamiento se vuelva interiorización, contaremos por fin con un sujeto que lleve adelante un nuevo proyecto nacional. Nuestra historia como pueblo volverá a tener columna vertebral.

Miramos pues, hoy más que nunca en las décadas pasadas, hacia dentro de la sociedad venezolana, buscando las raíces de su pavorosa descomposición y los indicios de caminos para reconstituirla. Mientras esto ocurre, el mundo cambia con gran rapidez. De ese cambio recibimos noticias desordenadas, que algunos desconsideran y otros sobrevaloran. Los primeros piensan que no estamos para pensar en global si no resolvemos primero algunos problemas básicos de escala nacional. Los segundos creen, una vez más, que de los modelos de afuera obtendremos las claves modernizadoras para organizar nuestra sociedad. Entre estos

dos polos ideales, se debaten la intelectualidad venezolana y la clase política pensante, sin haber acabado de integrar los hilos de la globalización por un lado y la situación nacional por el otro. Hay que decir, incluso, que sin prestar al tema más que una atención superficial o parcial.

La Semana Social organizada por el Centro Gumilla, la UCAB y Fe y Alegría a comienzos de febrero quiso ayudar a esa tarea nacional de trenzar nuestras lógicas internas con las dinámicas globales. Algunos de los conferencistas invitados (Peter-Hans Kolvenbach, Guy Sorman, Carlota Pérez, Adela Cortina, Luis Ugalde) presentaron visiones sobre lo que está pasando en el mundo. Otros (Arturo Sosa, Luis Pedro España, José Virtuoso, Mikel de Viana, Luisa Pernalet) expusieron análisis y propuestas desde el proceso venezolano, pero a la vista del mundo nuevo que viene. Todas las ponencias y un análisis más completo serán publicados próximamente. En este artículo nos limitaremos a presentar al lector algunos aspectos resaltantes de la conexión entre globalización y vida nacional.

## EL CARIZ DE LA GLOBALIZACIÓN

La globalización ha comenzado de hecho a través de los mercados. La relación de mercado, probablemente por tratarse de una forma de colaboración que exige sólo un mínimo de conocimiento del otro (su posición de oferente o demandante), ha sido la primera en cubrir el mundo haciendo de él una suerte de mercado heterogéneo pero interconectado. Sin embargo, es poca cosa pensar en el mundo sólo como mercado de capitales o de bienes y servicios. Aunque la relación de mercado haya ganado la carrera por el primer puesto como unidad elemental de la globaliza-

ción, y aunque otros dinamismos globales parezcan haberse asimilado (como ocurre con la constitución de la aldea global por los *mass media*), en realidad la última palabra está lejos de ser dicha. Nos encontramos en un proceso de transición en que cabe la aparición de nuevas formas de relación mundializada distintas a las del solo mercado.

Por una parte, esas nuevas relaciones emergen ya: movimientos de grandes masas de trabajadores del Tercer Mundo, que significan no sólo un acontecimiento económico sino también político-cultural; constitución de redes mundiales de organizaciones no gubernamentales con capacidad de acción transnacional, como la campaña por la prohibición de las minas antipersonales, ganadora del Premio Nobel de la Paz 1997; actuaciones incipientes a escala global por la preservación del medio ambiente; constitución de entidades políticas como la Unión Europea, que van más allá del mercado único; consenso creciente en torno a la ética dialógica como forma de decidir la acción en común de grupos con culturas y creencias diferentes; acercamiento entre las grandes religiones para salvar la interioridad humana de su objetivación mercantil...

Por otra parte, el control de los mercados mundializados por parte de la nueva sociedad global se sientan tan necesario como a principios

del siglo XIX lo fue el control del capital industrial por parte de las sociedades nacionales. El mundo no puede quedar a merced de los vaivenes generados por los capitales especulativos en los circuitos del dinero caliente. Una violenta crisis latinoamericana en 1994, otra más violenta aún en el Extremo Oriente en 1997... y, entretanto, destrucción de bienestar de los trabajadores a escala global, empeoramiento de las condiciones sociales casi en todas partes. Se trata de un ritmo demasiado rápido de deterioro de economías locales y familiares como para que vaya a durar mucho. La escasa confianza restante en la "mano invisible" deja paso ya a voces que piden intervención de los mercados a escala global, una autoridad mundial.

Así pues, no se trata de que la globalización *consiste* en la constitución de mercados globales, sino sólo que *ha comenzado* por ahí. Detrás viene la globalización, mucho más difícil y trabajosa, de la conciencia humana y de sus expresiones políticas. A partir de coincidencias entre las culturas sobre mínimos éticos, encontrados en el diálogo, la conciencia no renunciará a dirigir la historia que, en este momento, puede parecer sólo una historia de mercaderes.

### VENEZUELA Y LOS MERCADOS GLOBALES

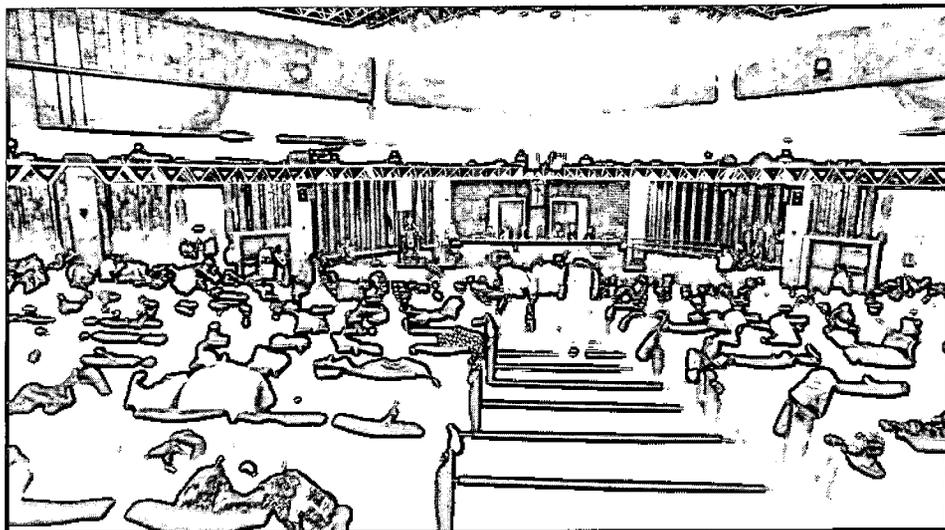
El engranaje de Venezuela con las dinámicas económicas globales



está resultando lento y torpe, con marchas y contramarchas. Hay una razón para ello en la esperanza petrolera. Paradójicamente, nuestro principal producto de exportación nos salva de la necesidad de competir cerradamente en los mercados internacionales. Basta con incrementar la producción para asegurar nuestro puesto en un mercado que constituye un oligopolio natural. Todavía hay que sustituir la bicicleta de cada chino por un carro a gasolina.

Y así el petróleo deviene una vez más eje estratégico de cualquier proyecto nacional, haciéndonos en cierta medida inverosímil que debamos entrar como productores en mercados globales de "exportaciones no tradicionales". Nuestra pereza para la integración económica e incluso nuestra posición de socios desleales en una curiosa OPEP en que nadie cumple sus compromisos si puede evitarlo, tienen esa raíz.

Por otra parte, la situación del aparato industrial y de capacitación profesional de la población nos hace ver con desconfianza bien fundada la integración en los mercados globales. Salvo por contadas



empresas y sectores profesionales, una apertura sería de la economía es vista como amenaza a posiciones privilegiadas que en realidad han consistido en lugares de apropiación de la renta petrolera. Cuando se prevé que la renta crezca en términos absolutos durante los próximos años, no parece fácil convencer a sus beneficiarios de que han de hacer un esfuerzo por estar a la altura de mercados globales, cuando pueden, apoyando la candidatura presidencial adecuada, conservar posiciones cómodas.

En grueso, parece que nuestra participación en mercados globales *competitivos* seguirá siendo más bien como consumidores que como productores. Pero también es cierto que la inserción controlada de Venezuela en esos mercados puede hacer a nuestras empresas más competitivas y a nuestros profesionales más competentes, algo de lo que tenemos imperiosa necesidad. De hecho, desde 1989 se han dado muchos más pasos adelante que atrás en ese camino, tanto en el terreno de las industrias básicas como en el de las "no tradicionales". Sólo que seguimos sintiendo el freno petrolero. La lógica rentista que induce en nuestra sociedad, niega la pretensión ideal de que el petróleo pueda fácilmente "ser sembrado" para adquirir competitividad. Más probable es que sea repartido para obtener votos.

## LA CUESTIÓN SOCIO-CULTURAL

Las aproximaciones a la globalización de los intelectuales europeos y americanos suelen partir de un supuesto implícito: la igualdad de los habitantes de la nación, al menos en cuanto a ciudadanía legal (protección de la ley) y vinculación institucional (empezando por la educación básica, que capacita para participar en las instituciones). Los que no cumplen con ese requisito constituyen minorías "marginadas", tales como los inmigrantes ilegales o los gitanos. Desde esa base se elabora un discurso sobre las posibilidades y riesgos de los nuevos tiempos para una sociedad

nacional, que no resulta del todo aplicable a Venezuela. Dicho con otras palabras, a un auditorio venezolano consciente de dónde está, tal discurso le suena como tratando cuestiones una "generación" más allá (por ejemplo, si el Seguro Social debe pagar la fecundación asistida). Nosotros tenemos pendientes problemas anteriores (si el Seguro Social funcionará de nuevo alguna vez).

Así, la discusión contemporánea que nos viene de Europa sobre necesidades y derechos de los ciudadanos, y papel de las instituciones respecto a ellos, presupone algunos logros de la modernidad que nosotros no hemos conseguido consolidar para toda la población. Nos quedan tantos grupos sociales mal integrados, desde la falta de cédula de identidad y de educación básica, que casi puede hablarse al revés, de los grupos integrados que nos quedan. Tanto en el nivel primero de la integración política como en el segundo de la posesión de ciertos elementos materiales y culturales que proporcionan la base para la inserción productiva en los mercados, nos enfrentamos a un cambio de época "raspados" en la época anterior. Da miedo pensar en lo que nuestro hombre marginal habrá de sufrir compitiendo en mercados globales, si puede ser calificado de "no entrenable" por las empresas, dada su carencia de algunas habilidades básicas que la empresa no puede proveer. Muchos nunca pasarán de buhoneros y matatigres.

La experiencia de fundar económicamente la integración social en una renta ha mostrado su fragilidad e inestabilidad intrínsecas. Asimismo, la presencia de la renta constituye un sólido soporte para la cultura política del familismo y la prioridad de los grupos primarios sobre la ley. De nuevo, aquí el supuesto de los analistas exteriores es que la ley sustancialmente opera, de forma que ha de discutirse por qué procedimiento se formula y en qué dirección de proyecto de sociedad debe encaminarse. Pero

**El cambio hacia un modelo de organización culturalmente más cercano a lo que somos puede conducir a la realización de un gran anhelo nacional: que nos mejoremos unos a otros la vida a través de una producción de bienes y servicios de calidad.**

cuando la voluntad pública se ha hecho ley, con ello parecen haber quedado definidas las reglas del juego. Sabemos bien que no es así en Venezuela. En casi cualquier ámbito público que se imagine, las reglas del juego social no coinciden con las leyes, sino que involucran además las redes de conexiones personales y las mil inercias de modos culturales de acción y relación que no parecen dispuestos a moverse. Las leyes mismas se vuelven enseguida instrumentos de formas no abstractas de relación social. Nuestra cultura pública no es moderna, pero debe llegar a serlo si pretendemos integrarnos con éxito en la globalización económica (aunque, como hemos señalado, tal vez en realidad no lo pretendemos).

Si bien es cierto que hay una brecha social que separa a buena parte de la población de la inserción productiva en mercados globales, y también hay una brecha cultural que separa a nuestra sociedad en su conjunto de un Estado de derecho posible, el cambio de época aparece no sólo como una amenaza sino también como una oportunidad. Hemos fracasado en un cierto paradigma de relaciones abstractas que constituyó la modernidad hasta ahora, un paradigma rígido de organizaciones muy jerarquizadas y normadas. Cuando vemos progresivamente que ese modelo de relaciones va siendo sustituido a escala global por redes organizativas más flexibles, con mayor espacio para la creatividad y la iniciativa local, no podemos dejar de sentir mayor empatía hacia el nuevo modelo en nuestra cultura. De hecho, la mayor parte de los éxitos en producción de servicios sociales de las llamadas ONG, de las organizaciones populares y de la Iglesia, tienen que ver con la adopción de ese modelo flexible, que pone en mayor evidencia el fracaso del modelo rígido de nuestro Estado.

Por otra parte, el cambio hacia un modelo de organización culturalmente más cercano a lo que so-

mos puede conducir a la realización de un gran anhelo nacional: que nos mejoremos unos a otros la vida a través de una producción de bienes y servicios de calidad. Que esos bienes y servicios hayan de competir en el mercado global, es asunto de menor urgencia para nosotros, que seguimos contando con el colchón de la renta petrolera. En muchas ramas, como los servicios sociales básicos, la ejecución de la función controladora del Estado, el transporte, la construcción, la prestación de servicios personales o la producción de algunos bienes que siempre será local, la misma índole de la actividad productiva excluye la posibilidad de tener que competir directamente con el exterior. La mayor parte de los venezolanos podrían incorporarse como productores a estas ramas (unas regidas por el mercado, otras no), si atinamos con los modelos organizativos y con la educación adecuada para ello. No estamos obligados a cumplir con la anterior modernidad para incorporarnos a nuevas formas de organización moderna. Y, no obstante, para ser modernos alguna vez en algún sentido, resulta imprescindible superar los dos grandes *hándicaps*: la brecha social desintegradora; y la prioridad cultural de lo privado sobre lo público, de lo interpersonal sobre lo impersonal, de las relaciones cara a cara sobre la norma abstracta.

## REFORMAR EL ESTADO

El instrumento por excelencia de nuestra sociedad para crear las condiciones de integración en la modernidad (en cualquier modernidad) es el Estado. Esa es su misión. Y precisamente hoy nos encontramos en Venezuela con la paradoja de que el instrumento que nos dimos para modernizarnos es denunciado como el lugar por excelencia de cierta submodernidad, el obstáculo principal para alcanzar nuestros objetivos sociales. Reformar el Estado es la aspiración política de fondo más importante de los venezolanos, que compendia muchas

**Reformar el Estado es la aspiración política de fondo más importante de los venezolanos, que compendia muchas otras aspiraciones expresadas más directamente.**

otras aspiraciones expresadas más directamente.

Los ponentes extranjeros en la Semana Social fueron unánimes respecto a un punto: la burocracia del Estado no cambia sus modos de actuación sino cuando no tiene más remedio. Bancarrota económica, desintegración social, deslegitimación política, presión internacional... son todas situaciones que han puesto a los Estados nacionales en muchos lugares del mundo en trance de cambiar para sobrevivir. Lo curioso es que en Venezuela estamos pasando por todas esas situaciones sin que el Estado cambie como no sea para degenerar más en las grandes funciones que tiene encomendadas (educación, salud, seguridad, justicia y ordenamiento general de las acciones privadas al bien común).

La aparente irreformabilidad del Estado venezolano guarda relación quizás con la inverosimilitud de nuestro fracaso nacional, con la esperanza de que el petróleo nos sacará del hueco y revalidará las viejas estructuras distributivas. De nuevo, encontramos el freno petrolero para los movimientos de reforma que animan a la que se ha llamado "sociedad civil". Es cierto que esos movimientos están cobrando fuerza y capacidad de influencia crecientes. Es cierto que se están poniendo diques ideológicos serios a la arbitrariedad e ineficiencia de antiguas prácticas estatales, que pronto serán también diques políticos. Sin embargo, todavía el ritmo del deterioro es mayor que el de la reforma; todavía no vemos el fondo que en algún momento habremos de tocar, quién sabe a qué precio de dolor y muerte. Mientras algo tan elemental como la posibilidad de que la máquina del Estado funcione no haya sido ganado por nuestra sociedad, las discusiones que tienen lugar en otras latitudes sobre el lugar del Estado como mediador entre realidades sociales subestatales e internacionales, nos quedarán grandes. Antes de decidir hacia dónde queremos encaminar la maquinaria, ésta ha de fun-

cionar. Tal vez nuestra discusión nacional más importante verse sobre el modelo organizativo del Estado nuevo que debemos construir sobre las cenizas del actual.

## GLOBALIZARNOS HACIA ADENTRO

Se está fraguando un mundo nuevo, en que la relación de mercado resulta central para la economía, en que las organizaciones se flexibilizan y se acercan a aquellos a quienes deben servir, en que los estados nacionales redefinen sus roles y la producción de vida en común es asumida por toda la sociedad. Se trata de un mundo de nuevas tecnologías interactivas donde la integración en instituciones internacionales y el diálogo transcultural pasarán a ser parte decisiva de la cotidianidad.

Esta novedad histórica constituye un reto y una oportunidad para Venezuela. Hacernos modernos significa ahora algo distinto a lo que fue en el proyecto anterior, aquel cuyo fracaso sufrimos. Si en vez de ver el pasado atendemos al futuro, nuestra mirada sobre la crisis nacional se verá enriquecida por perspectivas nuevas. Tendremos ante nosotros el desafío de tomar decisiones con base en una ética del diálogo entre todas las diversas culturas e intereses presentes en el país, de crear un mercado interno eficiente y competitivo, unas organizaciones de todo género más flexibles y horizontales, un Estado funcional y permeable a las dinámicas sociales, una educación para formas nuevas de aportar a la vida en común. Así podremos proponer un proyecto de unidad social que mueva a la población para construir una cultura diferente, capaz a la vez de guardar adentro de sí la convivialidad en las relaciones interpersonales y el respeto al espacio de lo público abstracto, donde las palabras justicia y democracia cobran sentido. La opción por un futuro nacional en sintonía con lo mejor de la época nueva del mundo, está abierta: se trata de globalizarnos hacia adentro.